

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XII

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, SEPTIEMBRE 30 DE 1885

SUMARIO—El Renacimiento, por Rim — La góndola misteriosa, (Continuará), por Pedro Ximenez Pozzolo — Carta, por Véritas — Primavera!, por Pepe — ¡Maudit Argent!, por Fausto.

El Renacimiento

Hay un período en la historia de la humanidad, en el que todo es bello y grandioso, época de revolucion en las ciencias, las letras y las artes, revolucion que dió vida al espíritu de la época presente y que cambiando la faz del mundo fué precursor del progreso y engrandecimiento del siglo XIX.

A ese período le caracterizan una pléyade de grandes hombres, que cual gigantes adalides de la civilizacion toman en hombros al mundo y le arrancan del abandono, confusion y desórdenes de la Edad Media, dejando, cual huellas de su génio imperecederas obras que aún hoy asombran á la humanidad. Esa gran época es el Renacimiento. Pasaron los nefandos tiempos de los Césares; alumbró al mundo con sus doctrinas el cristianismo y los pueblos entonaron, grandioso y lleno de majestad, un himno dulcísimo al Dios de lo creado, relegando al olvido los fetiches y el erróneo culto de los astros; ya no se ofrecen niños al Baal Moloch de los Fenicios, ni las divinidades irritadas exigen víctimas humanas.

En cambio, sobreviene el catolicismo y con él la ambicion de los papas por el poder temporal; el choque se produce entre los dos poderes, y ensangrientan á la Edad

Media no tan solo las luchas del papado y del imperio, sinó tambien las ambiciones de los principes fuertes, las cruzadas religiosas y los abusos de los señores feudales.

Pero, adelantémonos más: llega el año 1453 y principian á sucederse hechos gloriosos para la Europa. Entónces es cuando se descubre la fértil isla de Madera; Vasco de Gama halla un camino por el Este hácia las Indias y Alburquerque funda el poderío colonial del reino portugués.

Colon tiende su mirada sobre el líquido elemento y extendiendo el índice en direccion al Oeste, dice con profunda conviccion «por allí» lucha y vence envidias, incredulidades y todos los obstáculos que se oponen á su marcha gloriosa y descubre la América.

Siguenle luego Hernan Cortés, Pizarro, Américo Vespucio, Pedro de Alvarado, Juan Diaz de Solis, etc. y es en esos tiempos de conquista que el padre Las Casas, hace la defensa de la libertad de los indigenas americanos, miéntras considera como destinados á la esclavitud á los infelices negros del Africa.

Los descubrimientos se sucedían sin cesar; las exploraciones no tenían punto de reposo; y todo esto, debia difundirse, conservarse, de aquí la necesidad de un medio fácil para hacer llegar estos adelantos al conocimiento de todos, ¿buscáis ese medio? allí esta Gútemberg y si ántes se tenia la árdua tarea de copiar uno á uno los pocos ejemplares que de una obra se hacian, ahora circularán millares y estarán al alcance de todos.

La revolucion tenia por principal teatro la Italia, Francia y Alemania. El movimiento, sin embargo, alcanzó mas fuerza en Italia, que es por entónces el país más adelantado de la Europa, el centro del

comercio del Mediterraneo; es aquella Italia, de clima templado, de coloreados y brillantes horizontes: la tierra clásica del arte, donde existió la antigua Roma.

En esa Italia encontramos á Pisa, grande y próspera, donde al salir el sol no encuentran sus rayos más que blancas estatuas que parecen llenas de vida; y magníficos edificios, en los que el corazón del artista se solaza; y cuando la pálida luz de la luna inunda su cementerio, animanse las efigies arrojando oscuras sombras que reproducen la tristeza, la caridad ó el dolor: á Florencia centro de sabiduría, encantadora, artística, que tanto honró á la Italia y en fin á Venecia, tan comercial como poética.

¡Oh Italia! sí: tú eres la reina de ese siglo, tú eres quien aplica el reanimador éter á las ciencias y á las artes, arrancándolas de su largo desmayo; encantadoras son tus campiñas, sábios tus pobladores é inmortal tu nombre y sin embargo eres débil, tus estados se hallan en la anarquía, sin lazo ni gobierno comun, ni aún te quedan guerreros y haces uso de mercenarios condottieris.

Entre los génius que produjo su fecundo suelo, aparecen en primera fila: Ariosto, Maquiavelo y Guichardini. La corrupcion de la época en que vivieron hace hasta repugnantes tal vez, sus personalidades; pero, dejándoles á ellos en el fango no nos detengamos á examinar sus vicios; solo sus producciones debemos estudiar, que ellas fueron las que concurren con su potente impulso, á la emancipacion del pensamiento, y á que cesara el abandono vergonzoso en que yacian las fuerzas intelectuales.

Retirado en su humilde casa de campo, aislado y solo, Nicolás Maquiavelo constituye el político mas profundo de su tiempo el que comprendiendo la importancia de la unidad de Italia, aconseja en su libro del Príncipe los medios más infames para esclavizar á su patria, que se halla sumida en desoladora tiranía; no como pueda creerse para perderla y por ser el hombre más corrompido de su época, no; Maquiavelo, comprendia que con buenos consejos y con saludables máximas no salvaba á la Italia; el mal habia adelantado mucho, lo que él queria usando un remedio extremo, era producir con el exceso del mal

una reaccion formidable que aniquilara las hienas hambrientas que se saciaban feroces en el desgarrado seno de Italia!

Ludovico Ariosto, imaginacion ardiente, corazón de fuego, alma de poeta, que se extasia en narrar hechos inverosímiles, dignos de la Edad Media y que en el Orlando furioso, despliega ante nuestra vista una magnificencia de estilo y grandiosidad tales, que elevan sus cantos á la categoría de los primeros poemas.

Guichardini es el historiador del siglo, el verídico é imparcial narrador, que, aún contra las prohibiciones reinantes, se atreve á bosquejar en velados cuadros los desórdenes y las desgracias del pueblo Italiano, y retrata con severidad; pero sin pasion, á los ambiciosos déspotas que de él han hecho presa.

No son esos tres, los únicos escritores de entónces, alrededor de ellos, hay un sin número de filósofos y literatos que en mayor ó menor escala contribuyen también á producir ese gran movimiento revolucionario.

El representante más caracterizado en Alemania, es Erasmo, el crítico elegante, que hizo el elogio de la locura, brillante y delicada sátira en que se ridiculizan y censuran los vicios de la vida monástica y los dramas misteriosos de que son teatro los conventos.

Francia se nos presenta con Marot y Regnier que retratan en sus obras los vicios de la inmoral corte de Francisco I, y principalmente con Rabelais, punzante crítico que hace columbrar la venida del inmortal Cervantes, en cuya patria entónces, habiéndose consumado la derrota de la raza que durante ochocientos años disputara el territorio á sus legítimos poseedores, se dejaban oír las bien templadas liras de Garcilazo, Boscan y Hurtado Mendoza, dando al céfiro, melodiosos y armónicos acordes. Este vistoso follaje que adorna á las naciones del medio día, pierde poco á poco su galanura al internarse en las frías regiones del Norte, hasta convertirse en blanco hielo, que ahogando el calor del sentimiento, produce pensadores como Copérnico, el génio que, aniquilando erróneas concepciones, demuestra plenamente el movimiento de la Tierra y en su lecho de muerte logra abrazar el primer libro de su monumental obra; donde da al

sol su lugar en el sistema planetario, como á la Tierra sus verdaderos movimientos.

Pero hay más, no son solo la literatura y las ciencias, las que debemos examinar, están ahí las obras de Brunelleschi; creador de una nueva arquitectura, de Bramante que construyó en Roma el palacio de la cancillería; de Lorenzo Guilberti, que hizo las dos puertas del Bautisterio de Florencia, de las cuales dijo Miguel Angel: «que eran dignas de colocarse á la entrada del paraíso».

En lo que se distinguen más, es en la pintura y las elevadas figuras de Leonardi de Vinci, el Correggio, Giorgione, el Ticiano y por último los más universales genios de Miguel Angel y Rafael; Miguel Angel que, siendo también poeta, escultor, arquitecto é ingeniero, supo pintar en la capilla Sixtina, aquellos profetas que constituyen la revelación de lo grandioso en el arte.

Pero, se hallan eclipsadas todas estas obras, por los cuadros titulados la *Teología*, la *Filosofía*, la *Justicia* las *Virgenes* y las *Santas Familias* trabajadas por el admirable pincel de Rafael.

Reasumiendo, podemos decir con Saint-Albin que «Leonardo se distinguió, por la ejecución y el carácter, Miguel Angel por la invención y la ciencia de la forma, el Correggio por la magia del efecto, Giorgioni y el Ticiano por el esplendor del colorido, y que Rafael reunió todas esas cualidades, sinó en el mismo grado de perfección, en grado suficiente para que haya merecido el título de primero de los pintores, de pintor único. Poseía el inefable hechizo de la gracia como la comprendieron los griegos, y la estampó en todas sus obras á guisa de firma.»

Las ciencias, las letras y las artes, hijas pródigas que habían abandonado el hogar de la antigüedad para vagar al acaso, oscuras y olvidadas en la noche tenebrosa de la Edad Media, se encontraron y reconocieron en la aurora del Renacimiento; y unidas en estrecho abrazo, levantaron el nivel rebajado de la personalidad humana, dieron alas al pensamiento, rompieron en pedazos las cadenas de los pueblos, y pusieron en manos de los siervos del ayer, hombres libres de hoy, las armas con que convirtieron en polvo la doble coyunda del altar y del Trono.

El Renacimiento es la más grande y la

más completa de las revoluciones modernas. Redime el pensamiento, le dá alas de cóndor, para rasgar las nubes y arroja sobre las viejas instituciones del pasado una loza sepulcral y una corona de grandiosas ideas.

Tal es, débil y pobremente enunciado, el asombroso y regenerador cuadro que nos presentan los siglos XV y XVI; mas reconozco que mi pluma no tiene la vida y colorido necesarios para describir esa época de luz, esa moderna creación que despejando las brumas de la Edad Media, así como un rayo de sol liquida un trozo de hielo, nos presenta la naturaleza iluminada, el pensamiento redimido y conquistada la libertad para el progreso.

Rim.

La góndola misteriosa

Era una noche de Junio serena y clara.

A eso de las nueve, llamé á un gondolero conocido, que pasaba frente al hotel en que me hallaba hospedado, y le pedí que me llevara hasta el Puente de los Suspiros.

Entré en la góndola, en el fondo de cuyo camarín forrado en seda me recliné, para ir mas comodamente durante el trayecto, y poder dar más facilmente rienda á los pensamientos que afluían en tropel á mi memoria.

La tranquilidad del lago y el casi imperceptible juego de los remos en las aguas, lo mismo que el rumor producido por las góndolas que encontrábamos á nuestro paso, leve como el aliento de una ondina que se deslizara suspirando sobre las aguas, si pasaban desapercibidos para mi oído, adquirían resonancia en el alma que viajaba por la región de las quiméricas ilusiones, donde todo se ofrece á nuestra vista con el colorido de la dichosa realidad.

Mis pensamientos, si bien eran desordenados como los giros de la mariposa que vuela en torno de la luz, también como los giros de la mariposa se alejaban y volvían en caprichosa vuelta en torno de una sola idea.

¿Pero, esa idea que me esclavizada el sentido, era algo que tuviera realidad, ó era solo una fantasía de la mente ó el capricho de un ensueño?

No lo sabría decir.

Solo podría decir que lo que tan dulcemente me fascinaba, era la imágen de un sér real ó ficticio que había conocido siempre, lo mismo que á la luz que alumbraba mi pupila desde el primer instante de la vida. Un sér que, por más que me parecía existir, dudaba de que existiera, sin perder por ello la esperanza de encontrarlo.

Era una huri deslumbradora, que yo la soñaba mirándola salir del lago entre effúvios de luz, pura como la sonrisa de los cielos y celeste como el rayo de la luna que se quebraba temblando sobre las ondas azules que espejaban los primores de Venencia.

Su mirada no era como la que despiden las pupilas de las vírgenes de Rafael y de Murillo, sino una mirada como no la ha presentido el artista, ni imaginado siquiera el poeta: una mirada dulce, ardorosa, intensa, como si en ella se encontrara condensada toda la luz del cielo y de la tierra, y de ella partieran todos los rayos de amor que estremecen los ámbitos del infinito.

Todos los contornos de su hechicera belleza, desaparecian envueltos en los raudales de luz, al quererlos tomar el espíritu, lo mismo que desaparece al estender la mano, la vision engañosa de nuestra fantasía.

Cuando mas abstraído me encontraba, cuando mas había subido el pensamiento y dilatádose mi alma, sentí de pronto un estremecimiento vigoroso, como si la góndola que me conducía navegando por el lago sereno, se hubiera abierto paso entre las aguas y descendiendo de pronto se hubiese estrellado con estrépito en las ásperas sinuosidades de los profundos infernos.

De un salto me puse en pié. Y abandonando mis ensueños seductores, que creí haber dejado para siempre en el cielo de que cayera, describí la pesada cortina de mi flotante mansion, y di un paso para averiguar lo que ocurría.

El silencio se hizo en torno mio.

Adelanté un paso más, y me encontré frente á frente con mi gondolero, cuyo aspecto me confirmó la sospecha de que algo muy grave sucedía.

¿Qué hay, Francesco, le dije. ¿Nos hemos estrellado contra algun muro?

—No, signor, me contestó, la claridad de la luna es suficiente para que eso no suceda.

Y entónces, ¿qué ha sido el sacudimiento que hemos experimentado? le interrogué de nuevo.

—Ah! signor, respondió Francesco, veis aquella góndola que anda como un cisne sobre el agua y lleva una grimpola negra en medio de dos faroles rojos.

—Sí, la veo.

—Pues esa es la falua de la signora del Castello Bianco, que no respeta á nadie y se lleva por delante cuanto encuentra en su camino sin temor de sumerjirse, como si tuviera su existencia asegurada. El estremecimiento que habéis sentido, lo produjo el atropello que nos dió para apartarnos del centro del canal, donde ella siempre camina con libertad.

¿Y vos la habéis dejado seguir así, olvidando vuestro derecho?

—Signor, me contestó, para ir contra la muerte, nada valen los derechos, y habéis de saber que quien persigue á esa góndola, persigue á la muerte, y la encuentra presto.—De todos cuantos la han ido á perseguir, ninguno ha vuelto á traernos noticia de su misterio. En los dos años que cruza por Venecia como una maldicion, la estela blanca que ha dejado ha sido una estela de sangre y de luto.

Estas palabras, dichas por Francesco con una conviccion profunda y poseido de amarga tristeza, despertaron mi curiosidad, y así fué que le dije:

Empuña el remo y vámos á seguir á esa góndola, pues quiero saber su misterio, y he de saberlo de todos modos. Estoy decidido.

—Signor, me replicó Francesco, abandonad tan triste pensamiento, no juguéis con la muerte. Y, lo que es yo, primero me arrojaba de la columna de San Márcos, que perseguir un minuto á la góndola de la grimpola negra.

Pero si no queréis venir, le dije ya impaciente ante tanta supersticion, al ménos me dejaréis que vaya en vuestra embarcacion. Aquí tenéis, agregué alargándole mi cartera, el importe para comprar dos góndolas, mejores que la vuestra, si es que pasado mañana no estoy de vuelta en el punto de nuestra partida.

Francesco quería rehusarse, por que es-

taba cierto que me iba á suceder alguna desgracia; pero á tantas instancias y decision mia, no tuvo más remedio que ceder, y empuñando los remos me acerqué á una tienda de ultramarinos, donde desembarcó pesaroso, y rogándome todavía que cesara en mi, para él, loco propósito.

De una remada vigorosa, tomé el centro del Canal Grande, donde recien se acababa de borrar la estela de la misteriosa góndola, que se distinguía á la distancia por sus faroles rojos como unas áscuas.

Todo el atractivo que á esas horas tiene la poética Venecia, pasaba desapercibido para mí, que sin ver los suntuosos y admirables palacios de los Sansovino, Massari, Scamossi y Calendario, y llevado de un solo pensamiento, remaba incesantemente haciendo que mi góndola se deslizara bajo los gigantescos y sombríos puentes de la ciudad de porcelana, que inmóvil y silenciosa se veía temblando en los inquietos cristales de su lago azul y trasparente.

Los transportes á vapor, con faroles verdes y amarillos, que van y vienen al Lido, y las múltiples chalupas, alumbradas por luces amarillentas ó blanquecinas, cuyo rayo triste se refleja en el espíritu, pasaban á los costados de mi góndola como una procesion fantástica, de la que, de tiempo en tiempo, la brisa suave traía hasta mi oído el rumor de una serenata, ó el estallido de ardientes besos y amorosas frases. Pero todo pasaba sin interés para mí, que ya veía casi realizado mi deseo, teniendo á corta distancia á la misteriosa embarcacion de los faroles rojos.

Hice un esfuerzo supremo, y en pocas remadas me puse al costado de la chalupa de la grímpola negra.

Entonces levanté los remos, y como el impulso que traía mi góndola era suficiente para acompañar la marcha que llevaba la que era objeto de mi curiosidad, seguimos emparejados un instante.

En ese momento se apoderó de mí un pesar extraño é indefinible y recordé las palabras de Francesco que me parecía escucharlas, no ya como la voz de la supersticion, sino como el éco de una profecía.

La góndola de los faroles rojos, tenía sus costados de persiana, sobre los que caían con pesadez los espesos flecos y gruesas borlas de un toldo oscuro como un

pañó mortuorio; la proa forrada con una lámina de bronce, lo mismo que las bordas, al herirlas los rayos de la luna, marcaban con más rigidez la línea de sus contornos; los gondoleros eran dos paisanos vestidos á la usanza, y los remos que empuñaban tenían los filos cubiertos de metal; la bandera negra y angosta, que bajaba desde un asta colocada entre dos linternas con cristales rojos, besaba en su caída con beso frio como el desamor, la muerta y transparente linfa.

Llegaba aquí en mis iuvestigaciones, cuando sentí que se levantaba de pronto, mezclada con las armonias de un bandolin, esta cancion, que brotaba por las aberturas de las celosías, como se abre paso al través del ramaje del bosque, el dulce trino del ruiseñor:

¿Dónde estará la ventura,
La dulzura
De mi encendida pasion?
¿Y la ilusion deslumbrante
E inconstante
Que huyó de mi corazon?

En vano, en vano la busco!
Yo me ofusco
Cuando la quiero encontrar,
Y entre la vida y la muerte
Mi cruel suerte
Me quiere siempre llevar.

No se encuentra, no, en el cielo
Que mi duelo
Jamás, jamás escuchó;
Ni tampoco en este mundo,
Mar profundo
Que mi dolor aumentó...

Acaso, acaso mi suerte
En la muerte
Únicamente hallaré?...
Ven, muerte, sí; ¿quién resiste
Esta triste
Vida que siempre llevé?

Llegaba aquí en su cantar la persona que era objeto de mi aventura, cuando, dejándome llevar de un arranque, contesté á la última estrofa, con esta otra que brotó de mi labio, como si la hubiera sabido de memoria:

No te quejes de la vida,
Dulce huri desconocida,
Y cese ya tu sufrir.
Yo soy trovador errante
Que de tu amor anhelante
Vengo á tus piés á morir.

Esperé el resultado de mi contestacion. Y cuando ya se despertaba en mí el propósito de trasladarme á la misteriosa embarcacion, ví, con toda sorpresa, apartarse las cortinas que cerraban la entrada del camarín, y aparecer una figura de mujer que se iluminó de pronto al azulado rayo de la luna.

Aquello no era una mujer, no era una ondina, ni una máyade, era la hija de Venecia, bella como la flor del loto, que se abre purísima al soplo de dulces áuras. Sus cabellos, leves como la seda desflecada y más dorados que el oro, caían con negligencia sobre su espalda; sus ojos azules y serenos como los cielos de Niza, despedían más luz que la emperatriz de los cielos y rebosaban la ternura de un espíritu celestial; sus lábios eran rojos como los corales del Adriático; y su vestidura azulada y de riquísima seda, que aprisionaba un cuerpo gallardo y airoso, que no hay palabras con que describirlo, formaban un conjunto tan armónico, que al verla con el bandolin en su mano delicada como los nácares del Oriente, y con su actitud de diosa, parecía la inspiracion del génio descendida de los cielos para hacer olvidar todas las amarguras de la vida.

Absorto en su presencia, no encontraba palabras para manifestar la admiracion que experimentaba, y no hubiera salido de mi arrobamiento, si una voz cadenciosa como las armonías de la lira que pulsan los ángeles, brotando de los lábios de aquel ser fascinador, no me hubiera interrogado:

—¿Qué quieres de mí mortal infortunado? ¿Qué es lo que pretendes?

Quiero tu amor, le dije enloquecido y dominado por la celeste luz de sus pupilas; quiero saber tu historia. para borrar de tu espíritu la huella del pesar que te devora.

—Eso es imposible, me dijo con tono sentencioso.

Pero como yo me quedara mirándola, cual si no comprendiera sus palabras, agregó:

—Es imposible! Mi amargura no tiene

remedio, y, además, ¿os encontráis suficientemente resuelto para darme la vida, en cambio de mi ignorado amor y de mi desconocida historia?

Sí, por tu amor solamente la daría mil veces, y la volvería á dar otras mil, exclamé con la decision mas profunda.

—Sí es así, venid, me dijo alargándome la diestra, que tomé delirante, imprimiendo con ardor, un beso que templó el ardor de mis lábios.

—Venid, siguió diciendo, mientras me conducía al interior de la góndola, tomad asiento y esperadme un instante.

Salió á dar sus órdenes á los gondoleros y cuando regresó á donde yo la esperaba todavía en pié, me dijo que tomara asiento y reclinándose con languidez en un sillón inmediato al en que yo me hallaba, empezó á referirme lo que sigue.

Pedro Jimenez Pozzolo.

(Continuará.)

Carta

Querido Manrique:

Me pedistes un artículo y sin más preámbulos, suprimiendo *compliments* que no son de buen tono, me impusistes las siguientes condiciones: que sea de imaginacion; que sea original; que sea conciso y que sea sério; dejándome la única libertad de eleccion entre el verso y la prosa.

Aquí comienzan mis crueles torturas, inconvenientes por un lado, mi escasez de conocimientos por otro, y más que todo, el natural temor y sobresalto, ante la idea de una deformidad en mi primer parto literario.

La primera condicion *sine qua non* es que sea de imaginacion, es decir, que sea fantástico, ideal, sobrenatural, que viaje impunemente y de incógnito, por el país de las quimeras, describiendo las maravillas estupendas que observe á mi paso.

Esta condicion es algo difícil de cumplir, más aún, es algo ilógica, sobre todo para mí, que he sido siempre y sigo siendo enemigo declarado de soñar despierto; de fantasear trivialidades; de enamorar huries con faz de nácar y ojos de sol; de besar lábios de rubí ó de coral; de charlar con querubines de alas de oro; de danzar con ondinas vaporosas; de verme arrastrado al

fondo tenebroso de un lago encantado, al influjo magnético del canto y de las miradas fascinadoras de una rusalka ó pérfida sirena; de oír el suspiro quejumbroso de la brisa; el cuchicheo de las frondas del bosque; los rugidos salvajes del mar enfurecido; la música celeste etc., etc.

Todo esto, tan fútil como sonoro y rimbombante, no reza conmigo, y me caería tan bien, como una corona de laurel sobre la frente demacrada por los insomnios, de un poetaastro; como un par de pistolas á un Cristo, como se dice vulgarmente; puesto que no hay un ser sobre la tierra, que sea más amigo de la realidad que mi humilde persona.

Dicen que el poeta, que generalmente vive aleteando como un buho en las tinieblas del mundo ficticio de la imaginación, ese mundo poblado de fantasmas, tétricas y de mirar torvo unas, sonrientes y amorosas otras, es un ser, cuyo espíritu se halla en un estado anormal, en un estado de nerviosidad, de fiebre y de delirio;—y tienen razón, y más cuando ha habido entre ellos, quien llegara á decir que la vida es pura poesía, que equivale á decir, es puro viento, es pura música; y otros, lo que es mucho peor todavía, que para el poeta, hasta la comida es prosa.

Si siguen los hijos favoritos de las voluptuosas Musas de esta manera, vá á llegar el momento en que media humanidad, que se dedica á elaborar versos y muy malos, (salvo muy honrosas excepciones) vá á quedar petrificada ó momificada, porque les parecerá que cualquier acto de la vida humana que no sea espiritual, por ejemplo, el menor movimiento, será altamente prosaico y desdorado, y tendremos una selva aunque no virgen, originalísima, compuesta de humanas plantas poéticas, y entónces podremos decir con verdad, que los bosques cantan, suspiran, rien y lloran.

Yo conozco á muchos impertérritos galanteadores de las coquetonas musas, que han conquistado las palmas y laureles de la inmortalidad, con un solo verso; por ejemplo, uno que dijo que las estrellas eran arañitas del cielo.

Yo creo que las inofensivas estrellas, tan cortejadas y tan bien miradas por los astrónomos, (pues las miran con telescopio) si tuvieran conocimiento de este atentado tan poco caballeresco contra su reco-

nocida belleza, se convertirían realmente en arañitas, pero de esas llamadas tarántulas y descenderían furiosas, en cerrada legión, á darle cada una un mordisco en su poco inspirado meollo, señor poeta, para gozar despues en verle bailar como un oso, la tarantela.

Hay otro poeta de igual talla que el anterior, que da ósculos de luz y suspira ignotos perfumes.

Esto es algo estupendo, algo nunca visto,—para dar besos de luz, habría sido necesario que se hubiera evaporado de hambre y hubiera tomado la consistencia de una aureola luminosa, y para suspirar ignotos perfumes, habría sido necesario, que los hubiera hallado y se los hubiera engullido cual un voráz tiburón.

¡Qué fenómenos prodigiosos obra la poesía, aún en el siglo XIX!

Horacio dijo, que la poesía es una sonora bagatela, y yo digo parodiándolo, que la poesía es un sonajero para entretener á los chiquillos.

Por algo quiso Platon expatriar á los poetas de la Grecia.

La segunda condición, es que sea original.

Yo pregunto, ¿qué entienden por originalidad? ¿qué quiere decir esta palabra?

Si consistiera en decir algo que aún no se haya dicho, esta palabra sería un mito, sería un imposible.

En literatura como en la plástica la sustancia es siempre la misma, variando únicamente la forma, según el molde en que ésta se vacía.

¿Estará la originalidad, en la fabricación del molde, ya en la forma que se le dé, ya en la sustancia que lo componga?

Con respecto á la forma, ya se han adoptado todas las que pueda forjar la inventiva de la imaginación más fecunda.

Con respecto á la sustancia, creo, que no porque sea de barro, ha de ser la inspiración mundanal; no porque sea de hierro, ha de ser belicosa; ni tampoco porque sea de éter, ha de ser gaseosa,

Pero el caso es que la señora originalidad no asoma las narices, con miras según se vé, de privarnos hasta la eternidad de su grata y anhelada presencia.

Más... *eureka, eureka*, hé dado con la señora originalidad, la viajera incógnita tan mentada, que parece gozar de inmen-

sa popularidad, sobre todo en el mundo de las letras.

Para ser original, es necesario hablar precisamente de todo lo que se ignora, y decir lo que se sabe, de un modo que no se entienda;—hé aquí la originalidad que no podía encontrar y hé aquí que todo el mundo es original.

La tercera condicion, es que sea conciso ó lacónico, que es lo mismo.

Esto, es poco pedir y por eso me agrada.

Con nombrar á mi lengua ciudadana de Esparta, está salvada la dificultad, pues que entónces podré ser más conciso que César, el de la célebre frase, *vine vi venci*.

La cuarta y última condicion, es que sea sério.

Advierto que siempre he sido enemigo de las bufonadas, de los chascarrillos, de las indirectas á lo Tardáguila, en una palabra, de todo aquello que no sea sério.

He divagado, dando rienda suelta á la loca de la casa, y por último no he hecho artículo ninguno ajustado á las condiciones exigidas, lo que sí he hecho, borrar inútilmente unas cuantas cuartillas de papel.

Dicen que con la intencion basta, así es que espero me disculpes.

Te saluda atentamente tu verdadero amigo.

Véritas.

Montevideo, Setiembre 28 de 1885.

Primavera!

Ya viene primavera
Sembrando luz y aromas!
Desplegan sus alas las tiernas palomas
Y corren alegres allá en la pradera.

Se cubre de hojas
La planta marchita
Que al beso del viento que leve la agita
En plácido arrullo nos dá sus congojas.

La fértil colina
Se llena de flores
Que el aire embalsaman de puros olores
Al hálito tibio del sol que declina.

¡Qué paz! ¡qué alegría!
¡Magnífica escena!
Del rio en la orilla blanquea la arena,
La espuma refleja las lumbres del dia.

La vida circula
Más rauda doquiera:
Se siente en las frondas la voz placentera
Del ave que á solas su canto modula.

Entreabre el capullo
La púdica rosa,
Sus pétalos blancos el rio los roza
Con són armonioso, con blando murmullo.

El pájaro triste
Cruzando la esfera
El bien que ha perdido parece que espera
Del tiempo que al campo de flores reviste.

Mañana serena
De luz y armonía;
Tu luz me devuelva la paz, la alegría!
Tu dulce armonía disipe mi pena!

1883.

Pepe.

¡Maudit Argent!

«Maldito dinero»
Decía Bastiat;
Y yo cuando pienso
Que si algo se dá
Es solo cambiando
La utilidad,
Y que el tiempo es oro
Y sin *din* no hay *dan*;
Que el amor requiere
Cierta capital;
Que sin un navío
No se pasa el mar,
Y el oro es un buque
Para navegar
Del puerto del hambre
Al puerto del pan,
Y todo se compra
Con el *vil metal*,
Que sin él no hay *Requiem*
Ni por caridad,
Y que ni en el cielo
Podré penetrar
Pues debo una misa
A San Sebastian:
Tambien me sulfuro,
Y así con Bastiat
Repito de acuerdo,
¡Sí!—«*Maudit argent*»!

Fausto.